

A pesar de que se cernía sobre nosotros un pronóstico adverso con 80 por ciento de probabilidad de lluvia, 42 personas salimos de Camas en autobús camino de las marismas del Odiel, encabezados por el concejal de Medio Ambiente, Francisco Carrascal, y la fortuna premió nuestra audacia con un día precioso. Lo podrán constatar en las magníficas fotografías de José Luis que se adjuntan al final.

Nada más enfilar la carretera de Huelva, Carrascal nos detalló el plan de la excursión, aventurando un panorama casi idílico, y a fe que no defraudó.

Hacia las 11.15 llegamos al [Centro de Visitantes Anastasio Senra](#), donde nos esperaba un trenecito y un guía. El guía era un hombre joven llamado Jorge, que no sabría cómo definirlo debido a su excepcional maestría en el arte de enseñar. De pie en un estribo del tren, micrófono en mano, nos dio la bienvenida, y el pequeño convoy comenzó a serpeaba sobre estrechos carriles flanqueados de extensiones de agua, de limo, pastizales y preciosos pájaros. Anunció que estábamos en una Reserva de la Biosfera y en un Paraje Natural de Interés Nacional, con más de 7.000 hectáreas, siete mil campos de fútbol —comparó.

Subrayó la gran riqueza ornitológica de la marisma a pesar de la cercanía con la zona industrial de Huelva. Una elevada concentración de aves que emigran desde todas partes del mundo, algunas mantienen su vuelo durante cinco días con sus noches —nos asombró—, dormitando en el aire, sin comer, hasta atravesar más de cinco mil kilómetros. Entre ellas destacó en primer lugar la [espátula](#), con una colonia del 30% de la población europea. Fueron, al parecer, unos niños los primeros que la avistaron en la marisma, no les hicieron caso, pero, una vez confirmada su presencia, llegaron científicos de todo el mundo a contemplar esta rara ave.

Nos habló del [Archibebe](#) de patas rojas, de las garcetas, cigüeñas, gaviotas... Y se entretuvo especialmente en los, [flamencos](#), de gran envergadura y excepcional belleza. De estos singulares pájaros habló largamente tras una parada junto a un mirador, explicando con los movimientos de su cuerpo cómo elevaban el cuello, giraban la cabeza, alzaban las alas y chapoteaban con las patas, revelándonos que el nombre de cante “flamenco” tenía su origen en los movimientos de esta ave zancuda y no al revés, así como su origen etimológico procedía de la palabra latina “flama”, *fuego*, por el color de una parte sus plumas. Seguidamente nos explicó que, tras arduos experimentos llevados a cabo por investigadores del CSIC, se consiguió la reintroducción del [águila pescadora](#) en la zona, desaparecida de la Península en los años 60. Pudimos observar, de hecho, cómo algunas surcaban, majestuosas, el cielo azul de la marisma.

No había detalle del recorrido que no explicara con mucho gracejo y precisión, obteniendo como respuesta la risa y la admiración de quienes lo escuchábamos embelesados. Nos explicó igualmente que allí había aves [filopatrias](#), las que todos los años emigran al sitio donde nacieron. Nos refirió también que había plantas autóctonas, pero también invasoras, como la [salicornia](#) o la [espartina](#), esta llegada como consecuencia de tirar el *esparto* de los primeros barcos que venían de América.

En su recorrido, el trenecito se detuvo ante una choza perfectamente construida con materiales autóctonos que servía también de mirador. Allí se detuvo y nos habló del bosque mediterráneo, contándonos que como la oruga procesionaria amenazaba a los pinares, en lugar de utilizar insecticidas —gran disparate en un bosque protegido—, introdujeron aves insectívoras que lograron contener el avance de las orugas. Se detuvo hasta el detalle con

una planta que era una auténtica farmacia —enfaticó—, el algarrobo. Sirve tanto para contener las diarreas como para contrarrestar el estreñimiento, un poderoso antioxidante cargado de vitaminas, etc... Y nos reveló también que sus pepitas se llaman *quilates*, con un peso tan homogéneo, que se usaba para pesar el oro.

Dijo lógicamente mucho más, y al tiempo que lo escuchábamos veíamos, maravillado, el reflejo del cielo con pequeñas nubes en el agua de la marina o la imagen doblada, en espejo, de montañas de sal, de los elegantes flamencos, garcetas y otras aves que veíamos al paso. Todo un triunfo de la naturaleza conducida por unos grupos de hombres y mujeres con gran sensibilidad ambiental enfrentados, a veces, a la voracidad especulativa del turismo y la industria química. Para concluir, nos dijo que, al atardecer, el reflejo del sol poniéndose sobre aquellos humedales constituía un espectáculo único. Y algunos nos propusimos volver en otra ocasión para verlo.

Miguel F. Villegas



















